

Color esperanza.

Esta es la historia de un sueño, uno personal que se volvió colectivo. Lo que paso a narrarles, es una de las historias más linda que he vivido en Bibliotecas.

Cuando llegué el Domingo del vuelo Medellín-Bogotá hacía mucho frio, el aeropuerto el Dorado, lo estaban remodelado y, por ende, había muchas paredes tapadas, espacios cerrados y demás. Pero no era lo único que estaba siendo reconstruido, en mi paso por este lugar, me iba construyendo yo misma, iba viendo acabados en las vigas que meses antes había levantado, el cemento de mis ideas ahora tenía color, quizá del que habla el cantante Diego Torres, “color esperanza”.

Llegue al hotel y no podía creer que allí pasaría mi próxima semana, me sentí muy agradecida con el espacio tan cómodo y bello que nos habían asignado. Comí, di gracias al cielo y descansé.

Pero esto apenas comenzaba, hasta esa noche de Domingo, solo tenía expectativas y una suite muy cómoda.

Llega el lunes y así, inicia la aventura.



Recorrimos a la mamá, la magnífica, gigante y apoteósica Biblioteca Nacional de Colombia. El resguardo de la información más importante del país, donde podemos encontrar la historia de Colombia en sus libros, documentos, revistas, audios, pero sobre todo en sus pasillos, trabajadores, en su estructura, en su recorrer. No es para menos, El edificio de la BNC ha sido construida desde 19775 e inaugurada En 1977, proyecto del arquitecto bogotano Alberto Wills Ferró.

Empezamos conociendo el objetivo de la pasantía, se presentaron todas las personas que tienen algún tipo de intervención, entre ellas:

- Sandra Patricia Suescún Barrera, Coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas
- Diana Patricia Restrepo, directora de la BNC.
- Luz Estela Peña, presidenta de Iberbibliotecas, equipo del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC).
- Adriana Martínez, del PNBI Programa Nacional de Bibliotecas Itinerantes, BRI o Bibliotecas Rurales Itinerantes.

Todas mujeres, luchadores y fuertes, guerreras y valientes. Ellas, comienzan a darnos cifras emocionantes, las que comienzan a calar en nuestros pensamientos, pues más allá de ser eso, cifras, demuestran el inalcanzable esfuerzo por generar bibliotecas rurales itinerantes que puedan llegar a cada rincón del país y con ello, estar más cerca de lograr el objetivo de esta pasantía *“una apuesta por el agenciamiento desde lo comunitario diverso”*

En Colombia, hay 630 BRI implementadas, con un total de 1.153 líderes y lideresas. La mayoría son mujeres y el proyecto se encuentra presente en 117 municipios que fueron priorizados en el acuerdo de paz. Estas cifras son las que dan esperanza, las que brindan oportunidades a las comunidades mas lejanas, las que nos demuestran que, si el 80% del territorio colombiano es rural, es allí donde la paz puede ser posible, esa que los colombianos y colombianas hemos visto tan lejana, pero quizás ha sido así, porque la ruralidad no ha tenido un papel protagonista, como lo intentan todos los lideres y lideresas de las BRI.

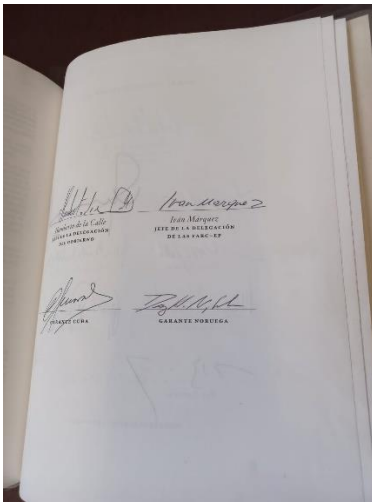
Luego, cada uno de los pasantes nos presentamos, y mi corazón, comienza a sentir esto del tejido, de lo diverso, de lo social, de lo lindo de la diferencia y voy entendiendo el objetivo de esta pasantía, ¡diversificarnos! Abrir horizontes y con ello, metodologías, maneras de hacer las cosas y demás.

Surge la pregunta: ¿cómo conocemos las comunidades donde trabajamos y como podemos realmente saber que es lo que necesitan? La respuesta, la conocimos durante toda la pasantía, pero eso, es cuento de otra página. Por ahora, el objetivo de esa primera parte era precisamente, saber cómo podríamos movilizar las bibliotecas para un trabajo en conjunto que tenga en cuenta las ruralidades.

El primer taller fue llamado “Bibliotecas Rurales Itinerantes (BRI): transitando por los caminos, el pensamiento y la palabra en la ruralidad colombiana”. Donde nos cuenta un poco de la historia de

Colombia en relación con el último proceso de paz, pero también como este ha modificado la mirada de las BRI y como dicho proyecto se ha venido implementando, en tanto, y es una de las cosas más curiosas, como las personas han llamado y han hecho esfuerzos tan gigantes por mantener a flote el programa, al punto de llevar la lectura en barcos, bicicletas, burras y hasta puestos de paletas. Este taller estuvo a cargo de Sandra Suescún.

Recorrimos toda la Biblioteca conociendo cada uno de sus rincones. Sus puertas grandes, sus altas vigas y su color blancuzco denotaban la grandeza de este lugar, el ímpetu del conocimiento y la guardiana de la historia colombiana. En ese recorrido, hubo muchas cosas que me llamaron la atención, pero algo cautivo mi alma. Vimos el acuerdo final de paz, firmada por el Gobierno Colombiano y las FARC-EP, una lucecita de esperanza en medio del conflicto armado más grande de Latinoamérica, un documento que, para mí, como politóloga y amante del desarrollo histórico del país, era un deleite. Tuve en mis manos un acuerdo que lloré y viví, que anhelé y que, gracias a la Biblioteca Nacional, podíamos recordar. A parte de esto, fueron muchas las historias, libros y hasta producciones sonoras las que pudimos ver. Para sintetizar, la BNC para mí, fue como ver a un abuelo lleno de historias de esas que deleita escuchar. Es la matriarca de las bibliotecas, es el alma mater de la historia colombiana. Hasta acá estuvo el primer día.





Llega el martes y con él, una nueva aventura. Fuimos a una Biblioteca más lejana, llamada Biblioteca el Tintal Manuel Zapata Olivero. Comenzamos recorriendo sus espacios y debo decir, una de las bibliotecas más lindas que he conocido en toda mi vida. Llena de colores, de posters e información dispuesta de maneras muy creativas, salas llenas de vida. Nos contaron la historia de este lugar y con ella empieza mi alma a elevarse, cuando pensaba que había visto la más grande de las Bibliotecas, aparece esta en medio de un ambiente más hostil, resistiendo y transformando no solo ese edificio, si no todo el alrededor. El edificio era un basurero, si, un tiradero de residuos frio, que traía consigo delincuencia a su alrededor, pero en 1998 en la Alcaldía de Peñalosa (confieso que no soy muy allegado a su manera de gobernar, pero esto es de celebrar) se convirtió en una Biblioteca, en una hermosa y colorida casa de los libros. Me sorprendió mucho que tienen un espacio parecido a los makers que tenemos en el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín que se llama Cocreacion Lab. Algo significativo para mí, fue la discusión acerca de la importancia de que las Bibliotecas fueran lugares vivos, llenos de gente, de ideas, pero sobre todo de diversidad, esa que nos hace tan humanos.



Cuando nos disponíamos a pasar a un espacio adecuado para la actividad, nos reciben unas señoras preciosas y talentosas bailando, moviendo su cuerpo y con ellos, mi espíritu. Sus rostros denotaban felicidad y los nuestros, regocijo.



Comenzamos nuestros talleres. Territorio, diversidad y agenciamiento comunitario a cargo del profesor Beto Martínez, con el círculo de la palabra Germinar construir y proyectar desde lo comunitario, donde conversamos de varias cosas, entre ellas, que el espacio es una producción social, el cual se forma a partir de todas las practicas que consideramos culturales y las cuales definen nuestra realidad. Por otro lado, conversábamos sobre que la diversidad es un asunto constitutivo de los seres humanos y en ese momento, pensaba en que eso era precisamente la Biblioteca el Tintal, un mundo lleno de mundos, personas de colegio, pero también universitarios y adultos mayores, personas que muy ilustradas y otras que gracias a la biblioteca iban acercándose al mundo del

conocimiento. Cuando el profe hablaba de diversidad, yo sentía que estaba en ella, que, si miraba incluso a los demás pasantes, también reconocía en ellos y ellas esa diversidad cultural, de pensamiento y porque no, de anhelos y puntos de vista. Pensar la diversidad en Bibliotecas y en el trabajo comunitario es todo un reto, porque no solo es la parte linda y cómoda del concepto- como lo mencionaba Liz de Costa Rica- si no la intensa necesidad de entender que nuestro punto de vista no es el único, que la diversidad no solo es para mí si no en favor de los demás y eso desacomoda un poco, pero solo al entenderlo podremos aportar al mundo de lo comunitario. Tres preguntas surgían, las cuales me acompañaron toda la pasantía y creo que aun hoy, no tengo respuestas absolutas. ¿Qué es comunidad? ¿Qué no es comunidad? Y ¿Qué le puede ofrecer mi biblioteca a mi comunidad? Conversábamos acerca de que no siempre somos nosotros los que llevamos conocimientos a la comunidad, muchas veces el aprendizaje es para uno mismo y eso hace más valioso nuestro trabajo.

Luego de este taller, Daniela del Bajo Cauca y Naila de Nuevo Colon, dos personas que trabajan con las BRI nos contaron sus experiencias en sus maravillosos territorios. Me quiero referir a ellas, desde los parecidos que tienen en su accionar. Ambas conversaban sobre como todo lo hacen con las uñas, como han logrado gracias a las BRI pero también a su insistencia, organizar procesos consolidados, que han dado vida y lectura a sus territorios. Son dos chicas muy jóvenes, pero llenas de sueños, más de los que muchos adultos tienen. La persistencia a pesar de las necesidades es increíble y admirable. Pensaba en la manera en que lo comunitario te lleva a desarrollar ciertas habilidades, todo se reparte, como sea para todos alcanza la comida, los víveres y/o materiales. Pensaba en que, si bien yo trabajaré el proyecto de esta pasantía en una zona rural, ellas tenían intervención literalmente en lugares muy alejados y eso nunca les ha impedido querer seguir adelante.

Por último, tuvimos un taller donde nos leyeron un libro muy particular llamado “las hormigas también sufrimos”. Y nos dejaba un mensaje muy claro pero complejo, acerca de que pareciera en ocasiones (muchas) que en el mundo en que vivimos importa más el producto que el proceso. Importa más que simplemente respondamos por lo que nos toca, que ayudarnos a lograrlo y adicional también nos muestra algo, nos desmitifica una realidad que incluso en mi Biblioteca he visto mucho y es que NO todo lo que parece, es comunitario. Esa palabra encarna muchas variantes que deben tenerse en cuenta, lo comunitario es una relación social, pero lo común es una capacidad humana. Llegábamos a la conclusión de que se debe producir lo común desde la interdependencia para garantizar la vida colectiva.



Llega el miércoles, llega la primera aventura fuera de la ciudad de Bogotá. Nos trasladamos a la Biblioteca Rincón del oso, de la vereda Manzano en el Municipio de la Calera. El viaje fue de casi 3 horas, con unos paisajes hermosos y la compañía de todos los pasantes que encendía las expectativas. Y no era para menos, llegamos a una Biblioteca que abrió sus puertas en el 2019, en un salón social donde antes no podían disfrutar de los servicios que tienen ahora como prestamos externos, talleres de lectura y consultas en sala. Se ganaron el premio Nacional de Bibliotecas, como nos contaba Mayra Martínez, aunque nos cuentan que han intentado nunca depender de los recursos que estos premios acarrearán. Nos recibió la lluvia, la neblina, las montañas y el respirar bonito, pero lo más lindo, sin duda, fue su gente, campesinos como don José que se notaba amor por la tierra y su territorio.



El grueso de este día, se trató de enseñarnos cual era la historia de este bello lugar. Los primeros habitantes fueron los chibchas y de ellos han adoptado diferentes practicas no solo económicas si no también y muy fuertemente, culturales. Desde la Biblioteca y toda la comunidad han hecho

esfuerzos por salvaguardar los últimos osos andinos de la región que han desaparecido por la caza y trataron a toda costa de salvar los Cóndores andinos, aunque este ultimo con menos resultados.

Algo muy curioso en dicha visita, fue que nos mostraron como eran sus juguetes. Ellos mismos los fabricaban con palos y baquetas, con barro lograban hacer hasta pirinolas. Fantástico porque considero que el trabajo comunitario es precisamente eso, hacer con lo que se tiene, con las uñas como diríamos los paisas. Ser recursivos y en esa medida, buscar solución a cada acontecimiento que viniera. Nos mostraron algunos objetos que eran muy representativos para su cultura y que ellos también fabricaban como las piedras para moler maíz – un dato curioso es que sabían cuando el maíz ya estaba bien molido si la textura de este era parecida al lóbulo de la oreja de las personas-, las batutas para los toros y los licores. De las historias mas lindas que conocimos este día, fue la de superación de todo un pueblo frente al conflicto armado que han intentado tocarles, pero recuerdo mucho que unas de las personas nos mencionaban el intento de resistencia que tenían, las fuerzas inalcanzables por conservar su territorio entre otras cosas, libre de la minería. Para finalizar este día, comimos plácidamente, recorrimos los alrededores y conversamos con las personas de la red de Bibliotecas de la calera, que nos contó todo acerca de su trabajo en la comunidad.



Este día fue muy especial, porque comprendí la importancia del trabajo que yo quiero desarrollar en la vereda potrerito, que se trata específicamente de lo que Don Jose nos decía “ nunca quisimos parecernos a Bogotá, siempre por el contrario, hemos querido conservar nuestras tradiciones y culturas propias” .Mi intención es que los niños y niñas de la escuelita, entiendan el valor de su territorio, de lo propio, de como no esta mal tener referentes externos, pero descontextualizar su

territorio puede incurrir en que tienda a desaparecer, algo que está sucediendo muy fehacientemente. Me inspiraban en poder contarles a los niños que esta biblioteca ha influido en el cuidado del oso Andino, ese que vemos en la moneda de 50 pesos y que representa precisamente lo propio, lo oriundo y sé que, con ese tipo de historias inspiradoras, pueden saber que si se puede. Disfrutamos la tarde, el paisaje las señoras nos mostraron libros que han hecho en tejido contando sus historias y devenires, y regresamos a Bogotá.



Llega el jueves, casi el fin de nuestra aventura, pero las ganas estaban intactas. Esta vez, nos trasladamos a la vereda la esmeralda En el Municipio de Pasca. El viaje no fue tan largo, aunque tuvimos que irnos en dos transportes, pero esto lejos de ser una molestia, fue un detalle de fina coquetería en el trayecto.

Las comadres, como se autodenominan un aproximado de 13 mujeres que dieron color, magia, pero sobre todo vida a la Biblioteca fueron las matriarcas de toda la visita. Rosalba Cubillos, unas de las encargadas del lugar, nos dijo algo que nunca olvidaré: “Bienvenidos. Aquí no ven colocada la foto de ningún paisaje, porque los paisajes se los van a llevar ustedes en sus cámaras y el corazón”. comenzaron como el día anterior, a contarnos la historia detrás de la Biblioteca, su constitución y el porque a pesar de que solicitaron ser una BRI, antes de ello ya eran familia de corazón, un centro de conocimiento que albergaba mujeres con muchas historias diferentes, pero una en común, las ganas de hacer comunidad. En este momento, recordaba mucho la charla que tuvimos el segundo día en la Biblioteca el Tintal, donde nos preguntábamos ¿qué es lo comunitario? Y si todo lo que considerábamos comunitario realmente lo era. Me taladro mucho la cuestión hasta que las escuché, porque entendí que ellas, las comadres, debían ser para mi un punto de partida para dar respuesta a estos interrogantes.



Nos mostraron unos videos muy conmovedores y recuerdo mucho entre ellos, a Joel, un niño que hablaba y proponía que los niños también tienen historias que contar. Volvía a pensar en los niños del proyecto de la pasantía. Ellos también me han manifestado eso, diciendo que muchas veces quieren contar sus anécdotas pero que los adultos no las quieren escuchar y creo que lo que han hecho metodológicamente las comadres ha servido para que en vez de castrar su imaginación como sucede en muchas ocasiones, les potencien las ganas de contar, hablar y mostrar el mundo bajo su lente.

Fueron muchas las historias inspiradoras como las de Sofia y María Paz, que Afirmaban que la participación en la BRI les ha permitido adquirir nuevos aprendizajes significativos a todos los estudiantes. Pensaba nuevamente en la vereda potrerito y las ganas de poder ejecutar este proyecto maravilloso que tenia en mente.



comimos, comimos mucho, tomamos el caldito tan anhelado por todos, el arroz propio de las montañas y la papa y yuca que nos acompaña siempre y que a quienes hemos vivido en Colombia, nos crio prácticamente.



Las comadres nos reiteraron mucho el placer de reunirse alrededor de la comida, de preparar alimentos y con ello tejer historias, cocinar ideas y culturas. Hicimos realidad este evento. Nos dejaron preparar pan de Yuca, amasar y darle forma. Mientras eso sucedía, los pasantes contaban sus historias y hasta yo pude contar la remembranza de moler el maíz con la historia de mi abuela paterna, que toda la vida se ha dedicado a este precioso pero difícil oficio. Recordaba como ella me enseñó a moler desde los 6 años y me contaba como fue llegar de su pueblo, cañas gordas a la ciudad y todas las necesidades que, en ese trayecto, padecieron. Finaliza la tarde, llenos y contentos, regresamos a Bogotá.



Y, por último, pero no menos importante, llega el viernes y con él, la visita a la Biblioteca Carlos E Restrepo. Desde que nos bajamos del bus que tenían contratado para nuestros desplazamientos, notamos que el alrededor de la biblioteca era prácticamente, el corazón de todo un barrio. Al frente había una plaza de mercado y en todas sus esquinas negocios comerciales, mucha gente transitando, colegios y demás. La Biblioteca queda ubicada en el sector el Restrepo. Debo confesar que su infraestructura por lo menos desde afuera era un poco apagada, muy gris y parecía un edificio más de la alcaldía. Pero cuando entramos, conocimos la importancia de no dejarse llevar de las apariencias. En el recorrido por la misma, lo que más recuerdo sin duda, fue la huerta. Me sorprendió no solo porque tenían muchas plantas ya florecidas, si no porque era notorio que el cuidado de estas no era tarea fácil, y si aun permanecía este espacio fue gracias a la insistencia y persistencia de la Comunidad y de las mediadoras, tan bellas y sonrientes que nos atendieron. Otro

lugar muy relevante para mí fue la estación de radio que si bien no pudimos conocerla a fondo, me traía los mejores recuerdos de la emisora de la Universidad de Antioquia en la que tuve el placer de estar en algunas ocasiones y me parece relevante, porque considero que los medios audiovisuales, encarnar mucho las emociones en los adolescentes, población muy vulnerable a ver sus sueños acabar y puede sonar muy idílico, pero espacios como esos o los de creación audiovisual que nos contaban que tenían, pueden salvar el mundo de estas personas, recordarles, como dice la canción, que no todo esta perdido.



Mi cuerpo ya se sentía cansado para esta fecha, pero las ganas de continuar deleitándome eran mayores. Sentía mucho mareo, pero daba más vueltas en mi cabeza, la curiosidad de lo que viviríamos ese día. Y no era para menos, tuvimos una charla con uno de los profesores más importantes del Mundo de las Bibliotecas en Colombia y quizás de los mas queridos en el gremio por su criticismo. El profesor Didier. La tesis que el profe vendría a proponernos era sobre que la Biblioteca es consecuencia del proceso Social de la información y tiene su exegesis en el conocimiento. Este profesor, vino con una carga conceptual muy fuerte, pero que me permitía darle precisamente ese trasfondo académico a mi proyecto de pasantía. La vereda de los niños, como la titule, necesitaba no solo metodologías creativas si no también conceptualización de los eventos y contextos que allí suceden y el, me inspiro a llegar a Medellín e inmediatamente, dotarme de todo el contexto de la vereda, pero no solo el contexto social, si no el devenir de esta, lo bueno y lo malo en la historia de San Antonio de Prado. Me Inspiro finalmente, a ponerle academia a todo lo que

hacemos, porque reitero, no es solo ser creativos, es ser realistas y juiciosos en el ejercicio de enseñar.



Luego del almuerzo, las ultimas tres personas que faltaban, nos contaron sus experiencias, entre ellas, debo mencionar con especial aprecio a Nayeli. Una mujer del Bajo Baudó, que nos relataba lo difícil que era el trabajo en su comunidad, lo complejo que era seguir adelante, pero las ganas que tenía de hacerlo. Una mujer inspiradora, llena de ganas de salir adelante pero no ella sola, para nada, al lado de sus chiquitines que tanto quiere, como decía ella: para donde voy yo, van ellos y todo lo que haga es pensar en todos, nunca individualmente.

hablamos mucho acerca de cómo nos pareció la pasantía, hicimos una especie de cierre que afloro muchos sentimientos en nosotros como la alegría de lo vivido, pero la nostalgia de saber que había culminado el proceso. Hicimos un taller de cierre y terminamos con un concierto a cargo de las y los mediadores de esta Biblioteca.



Para finalizar este informe, pero no mi ilusión por seguir aportando al trabajo comunitario, puedo decir, que experiencias como estas deberían vivirlas todos y todas las personas que hacemos parte

del mundo comunitario, porque esos días eran en bibliotecas, pero el trabajo de base se hace desde muchas esferas.

Allí comprendí, que Colombia tenía eso que pensaba al llegar el Domingo a Bogotá, Color esperanza, y como final, dejo una foto de como me sentí en toda la pasantía, así se veía mi rostro pero también mi alma.



